

da, son demonios impuros que procuran pasar por Dioses con los nombres de algunos hombres que murieron. Hasta aquí las materias contenidas en dichos dos libros VI y VII. Vale.



LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO I.

*De los que dicen que adoran á los Dioses
no por esta vida presente, sino por
la eterna.*

Me parece que he disputado lo bastante en estos cinco libros pasados contra los que temerariamente sostienen, que por la importancia y comodidad de la vida mortal, y por la fruicion de los bienes terrenos, deben adorarse con el rito y adoracion que los Griegos llaman latria (y se debe únicamente al solo Dios verdadero¹) á muchos y falsos Dioses², de los cuales la verdad católica evidencia que son simulacros inútiles, ó espíritus inmundos y perniciosos demonios, ó por lo ménos criaturas, y no el mismo Criador. Y ¿quién no advierte que respecto de los que están

impregnados en unas máximas tan erróneas como pertinaces, no bastan ni estos cinco libros, ni otros infinitos por mas que sean muchos en el número? En atencion á que se reputa por gloria y honra de la humana lisonja no rendirse á todos los contrastes de una verdad acrisolada, quando resulta en perjuicio, sin duda de aquel en quien reyna tan monstruoso vicio; porque tambien una enfermedad peligrosa, contra toda la industria del que la cura, es invencible, no precisamente porque cause daño alguno al Médico, sino por el que resulta al enfermo considerado como incurable: pero las personas que lo que leen lo exâminan con madurez y circunspeccion, habiéndolo entendido y considerado sin ninguna, ó á lo ménos no con demasiada obstinacion en el error en que se veian sumergidos, echarán de ver fácilmente que con estos cinco libros, que hemos concluido hemos satisfecho bastante á mas de lo que exigia la necesi-

dad de la cuestión ántes que haber quedado cortos; y no podrán poner duda en que todos aquellos efugios con que los ignorantes procuran hacer odiosa á la Religión Christiana por las calamidades de esta vida, por los infortunios, inestabilidad y vicisitud de las cosas terrenas que á cada paso se experimentan, no solo disimulándolo los doctos, á quienes domina esta impiedad fanática, sino favoreciéndolos contra el dictámen de su conciencia, son agenos é impropios de todo buen discurso y razon, y están llenos de una temeridad liviana, y de una perniciosa altanería y arrogancia. Ahora, pues, porque segun lo pide nuestra promesa habremos tambien de refutar y desengañar á los que intentan defender, que debe tributarse adoracion á los Dioses de los Gentiles (que destruyen la Religión Christiana) no por los intereses y felicidades de esta vida, sino por la que despues de la muerte se espera, quiero dar principio á mi discurso

por el verdadero oráculo del Salmista Rey, donde se lee (a): "Bienaventurado el hombre que pone toda su confianza en Dios³, „y el que no se aparta de él, ni fingió „las vanidades y los falsos desvarios." Con todo entre todas las ilusorias doctrinas y falsos despropósitos, los que mas tolerablemente se pueden oír son los de los Filósofos á quienes no satisfizo la opinion y error universal de las gentes, que dedicaron simulacros á los Dioses, suponiendo muchas falsedades de los que llaman Dioses inmortales, las quales siendo falsas, impias ó fingidas, las creyeron, y creidas las introduxéron en el culto y ceremonias de su religion: con estos tales, pues, que claramente confesaron (aunque no diciéndolo libremente⁴, á lo ménos insertándolo en sus escritos y disputas,

(a) *Beatus cujus est Dominus Deus spes ipsius, et non respexit in vanitates, et in insanias mendaces.*
Los setenta leyeron: *Beatus cujus est nomen Domini, spes ejus :::*

como dicen, entre dientes) que no aprovechan semejantes desatinos, no del todo fuera de propósito se ventilara esta cuestión: si conviene adorar por la vida que se espera despues de la muerte no á un solo Dios, que hizo todo lo criado espiritual y corporal, sino á muchos Dioses⁵, de quienes algunos de los mismos Filósofos, entre ellos los mas acreditados y sabios, sintieron que fueron criados por aquel solo⁶, y colocados en un lugar sublime: porque ¿quién sufrirá se diga y defienda que los Dioses de que hicimos mencion en el Libro IV. (á quienes se atribuye á cada uno respectivamente su oficio y cargo de negocios de poco momento) conceden á los mortales la vida eterna? ¿Por ventura aquellos sabios y científicos varones, que se glorian y nos venden por un beneficio digno del mayor aprecio el haber escrito y enseñado (para que se supiese) el método y motivo con que se habia de suplicar á cada uno de

los Dioses, y qué era lo que se les debía pedir, á efecto de que inconsiderada y neciamente (como suele hacerse por risa y mofa en el teatro) no pidiesen agua á Baco y vino á las Ninfas, aconsejaran á ninguno rogase á los Dioses inmortales, que quando hubiese pedido á las Ninfas vino, y le respondiesen: nosotras solo tenemos agua; eso pedidlo á Baco, dixese entónces congruamente, si no teneis vino á lo ménos dadme la vida eterna? ¿Qué idea puede haber mas monstruosa que este disparate? Acaso excitadas á risa (porque suelen ser fáciles en reir⁷, á no ser que afecten engañar, como que son demonios) no responderán al que así les rogare: hombre de bien, pensais que tenemos en nuestra mano la vida, siendo así que habeis oido repetidas veces que carecemos de ella? Así que es una necesidad y desvario insufrible pedir ó esperar la vida eterna de semejantes Dioses, de quienes se dice que cada partecilla de esta trabajosa y breve vida, y si

hay alguna que pertenezca á su fomento, incremento y sustento, la tienen debaxo de su amparo; pero es con tal restriccion, que lo que está baxo la tutela y disposicion de uno lo deben pedir á otro, de que resulta se tenga por tan absurda, imposible y temeraria tal potestad, como lo son los donayres y disparates del bobo de la farsa ó del gracioso: lo qual quando lo executan los Representantes en el público, con razon se rien de ellos en el teatro, y quando lo hacen los necios ignorándolo, con mas justa causa se burlan y mofan de ellos en el mundo. Á qué Dios ó qué Diosa, qué gracias y con qué fin se les habia de pedir, por lo respectivo á los Dioses que instituyéron las ciudades, los doctos ingeniosamente lo descubriéron, y lo dexáron exágerado en sus escritos: es á saber, qué es lo que se debía pedir á Baco, qué á las Ninfas, qué á Vulcano, y así á los demas; de lo que parte referí en el Libro IV., y parte me pareció conve-

niente pasarlo en silencio: y si es un error notable pedir vino á Ceres , pan á Baco , agua á Vulcano y fuego á las Ninfas , ¿quánto mayor disparate será pedir á alguno de estos la vida eterna? Por lo mismo , si quando preguntábamos acerca del Reyno de la tierra qué Dioses ó Diosas debia creerse que le podian dar , habiendo examinado este punto , averiguamos era muy ageno de la verdad el pensar que los Reynos (á lo ménos de la tierra) los daba ninguno de los que componen tanta multitud de falsos Dioses , ¿por ventura ¿no será una disparatada impiedad el creer que la vida eterna (que sin duda alguna y sin comparacion se debe preferir á todos los Reynos de la tierra) la pueda dar á alguno ninguno de ellos? Porque está fuera de toda controversia que semejantes Dioses no podian dar ni aun el Reyno de la tierra , esto es , por solo el especioso título de ser ellos Dioses grandes y soberanos ; y ménos las felicidades

mundanas , siendo así que estas son unas cosas despreciables y de tan poco momento , que no se dignarian cuidar de ellas viéndose en tan encumbrada fortuna , á no ser que digamos que por mas que uno con justa razon vilipendie , considerando la fragilidad humana , los caducos títulos del Reyno de la tierra : estos Dioses fueron de tal calidad , que parecieron indignos de que se les confiase la distribucion y conservacion de ellas , no obstante de ser correspondiente á su alta dignidad encomendárselas y ponerlas baxo su custodia. Y por consiguiente si (conforme á lo que manifestamos en los dos libros anteriores) ninguno de los que componen la turba de los Dioses , ya sea de los plebeyos ó de los patricios , es idóneo para dar los reynos mortales á los mortales , ¿quánto ménos podrá de mortales hacer inmortales? Y mas , que si lo consultamos con los que defienden deben ser adorados los Dioses , no por las felicidades de la

vida presente, sino por la futura, acaso nos dirán que de ninguna manera se les debe tributar veneracion, á lo ménos por aquellas cosas que se les atribuyen como repartidas entre ellos, y propias de la potestad peculiar de cada uno, porque así lo persuada la luz de la verdad, sino porque así lo introduxo la opinion comun, fundada en la vanidad humana y en el fanatismo, como se persuaden los que sostienen, que su culto es necesario para sufragar á las necesidades de la vida mortal, contra quienes en los cinco libros precedentes he disputado lo preciso quanto me ha sido posible: pero siendo como es innegable nuestra doctrina, si la edad de los que adoran á la Diosa Juventas fuera mas feliz y florida, y la de los que la desprecian se acabara en el verdor de su juventud, ó en ella, como en un cuerpo cargado de años, quedaran yertos y frios: si la Fortuna Barbada con mas gracia y donayre vistiera las quixadas de sus devo-

tos, y á los que no lo fuesen los viéramos lampiños y mal barbados, dixéramos muy bien, que hasta aquí cada una de estas Diosas se podia en alguna manera ceñir dentro de sus peculiares oficios; y por consiguiente que no se debia pedir ni á la Juventas la vida eterna, pues no podia dar ni aun la barba; ni de la Fortuna Barbada se debia esperar cosa buena despues de esta vida, porque durante ella no tenia autoridad alguna para conceder siquiera aquella misma edad en que suele nacer la barba: mas ahora no siendo necesario su culto, ni aun para las cosas que ellos entienden que les están sujetas, mediante á que muchos que fuéron devotos de la Diosa Juventas no floreciéron en aquella edad, y muchos que no lo fuéron gozaron del vigor de la juventud: y asimismo algunos que se encomendáron á la Fortuna Barbada, ó no tuviéron barbas, ó las tuviéron muy escasas; y si hay algunos que por conseguir de ella las barbas la reve-

rencian, los barbados que la desprecian se mofan y burlan de ellos. ¿Es posible que esté tan obcecado el corazon humano que viendo está lleno de embelecocos, y es inútil el culto de los Dioses para obtener estos bienes temporales y momentáneos, sobre los que dicen que cada uno preside particularmente á su objeto, crea que sea importante para conseguir vida eterna? Esta ni aun aquellos han osado afirmar que la pueden dar; ni aun aquellos (digo) que para que el vulgo necio los adorese (porque pensaban que eran muchos en demasia, y que ninguno debia estar ocioso) les repartieron con tanta prolixidad y menudencia todos estos oficios temporales.

CAPÍTULO II.

Qué es lo que se debe creer que sintió Varron de los Dioses de los Gentiles, cuyos linages y sacrificios, de que él dió noticia, fueron tales que hubiera usado con ellos de mas reverencia si del todo los hubiera pasado en silencio.

¿Quién hizo inquisicion de todas estas particularidades con mas curiosidad que Marco Varron? ¿quién las descubrió mas doctamente? ¿quién las consideró con mas atencion? ¿quién las distinguió con mas agudeza? ¿quién las escribió con mas exáctitud y mas cumplidamente? Este escritor, aunque no es en el estilo y language muy suave, con todo inserta tanta doctrina y tan buenas sentencias, que en todo género de erudicion y letras, que nosotros llamamos humanas y ellos liberales, enseña tanto al estudioso y aficionado á saber, quanto Ciceron deleyta al que se

complace en la hermosura de la locucion. Finalmente el mismo Tulio ⁸ habla de este con tanta aprobacion, que dice en los Libros Académicos, que la disputa que allí controvierte la trató con Marco Varron ⁹, sugeto (dice) entre todos sin controversia agudísimo, y sin ninguna duda doctísimo; no le llama eloqüentísimo ó facundísimo ¹⁰, porque en realidad de verdad en la Retórica y Eloqüencia con mucho no llega á igualarse con los muy eloqüentes y facundos; sino entre todos sin disputa agudísimo. En aquellos libros (digo) en los Académicos, donde pretende probar que todas las cosas son dudosas, le distinguió con el apreciable título de doctísimo. Verdaderamente que de esta prenda estaba tan cierto, que quitó la duda que suele poner en todo, como si habiendo de tratar de este célebre escritor, conforme á la costumbre que tienen los Académicos de dudar de todo, se hubiera olvidado de que era Académico. Y

en el libro 1º. celebrando las obras que escribió el mismo Varrón: "Andando (dice) nosotros peregrinando y errantes por nuestra ciudad ¹¹ como si fuéramos forasteros, tus libros puedo asegurar nos encaminaron y tornaron á casa, para que al fin pudiéramos advertir quienes éramos y á donde estábamos: tú nos declaraste la edad de nuestra patria, tú las descripciones de los tiempos, tú la razon de la Religion, tú el oficio de los Sacerdotes, tú la disciplina doméstica, tú la pública, tú de los sitios, regiones, pueblos y de todas las cosas divinas y humanas nos declarastes los nombres, géneros, oficios y causas." Este Varron, pues, es de tan excelente é insigne doctrina, que brevemente recopila su elogio Terenciano ¹² en este elegante y conciso verso: "Varron por todas partes doctísimo:" quien leyó tanto que causa admiración tuviese tiempo para escribir sobre ninguna materia; y sin embargo escribió tantos ¹³

volúmenes quantos apénas es fácil persuadirse que ninguno pudo jamas leer. Este Varron, digo, tan perspicaz é instruido, si escribiera contra las cosas divinas, de que escribió tambien, y dixera que no eran cosas religiosas sino supersticiosas, no sé si escribiera en ellas cosas tan dignas de risa, tan impertinentes y tan abominables: con todo adoró á estos mismos Dioses, y fué de dictámen que se debian reverenciar, tanto que en los mismos libros dice, teme no se pierdan, no por violencia causada por los enemigos, sino por negligencia de los ciudadanos: de esta inminente ruina dice que los libra depositándolos y guardándolos en la memoria de los buenos, por medio de aquellos sus libros, con una diligencia harto mas exácta que la que es fama, usó Metelo quando libró el simulacro de Vesta, y Eneas sus Penates del voraz incendio de Troya. Y con todo escribe allí expresiones dignas de que los sabios y los ignorantes las des-

echen, y algunas sumamente contrarias á las verdades de la Religion: en virtud de este proceder, ¿qué debemos pensar sino que este hombre siendo muy ingenioso y docto, aunque no libre por la gracia del Espíritu Santo, se halló oprimido de la detestable costumbre y leyes de su patria, y con todo no quiso pasar en silencio las causas que le movian socolor de encomendar la Religion?

CAPÍTULO III.

La division que hace Varron de los libros que compuso de las antigüedades de las cosas humanas y divinas.

Habiendo escrito 41 libros sobre las antigüedades, los dividió en cosas divinas y humanas: en estas consume 25, en las divinas 16, siguiendo en la division de materias esta distribucion; de forma que reparte en 4 partes 24 libros concernientes á las cosas humanas, designando 6 á ca-

da parte; porque trata latamente quiénes son los que hacen, á dónde hacen, cuánto hacen y qué hacen: así que en los 6 primeros habla de los hombres, en los 6 segundos de los lugares, en los 6 terceros de los tiempos, en los 6 ultimos de las cosas; y así 4 veces 6 hacen 24 que es la cuenta cabal; pero ademas colocó uno por sí solo al principio, que en comun habla de todos los asuntos propuestos. En el que trata asimismo de las cosas divinas guardó el mismo método en la division, por lo respectivo á los ritos y víctimas que se deben ofrecer á los Dioses; por quanto los hombres en determinados lugares y tiempos les ofrecen el culto divino: las quatro materias que he dicho las comprehendió en cada 3 libros; en los 3 primeros trata de los hombres, en los 3 siguientes de los lugares, en el tercer ternario de los tiempos, en los 3 ultimos del culto divino, designando en este lugar por medio de una sencilla distincion quiénes

son los que ofrecen, á dónde ofrecen, cuándo ofrecen y qué ofrecen: mas porque convenia decir (que era lo que principalmente se esperaba de él) quiénes eran aquellos á quienes se ofrece, trató tambien de los mismos Dioses en los 3 postreros, para que 5 veces 3 fuesen 15, y son entre todos como he dicho 16; porque al principio puso uno de por sí, que primero habla en comun de todo; y acabado este, luego conforme á la particion hecha de las 5 partes, los 3 primeros que pertenecen á los hombres los reparte de este modo: en el 1.º trata de los Pontífices, en el 2.º de los Augures ó Adivinos¹⁴, en el 3.º de los quince varones¹⁵ que atendian á las funciones sagradas: los 3 segundos, que miran á los lugares, de esta manera: en el 1.º trata de los oratorios, en el 2.º de los templos sagrados, en el 3.º de los lugares religiosos; y los 3 que siguen luego que conciernen á los tiempos, esto es, á los dias festivos, que

en el 1.º habla de las ferias, en el 2.º de los juegos Circenses, en el 3.º de los Escénicos: los del quarto ternario, que pertenecen al culto divino ó á las cosas sagradas, los divide así: en el 1.º diserta sobre las consagraciones, en el 2.º de la reverencia y culto particular, y en el 3.º del público. Á este, como preliminar ó aparato de los asuntos que ha de exponer en los 3 que restan, siguen en último lugar los mismos Dioses, á quienes se ha dedicado y en cuyo honor ha empleado todas sus tareas literarias por este orden: en el 1.º trata de los Dioses ciertos, en el 2.º de los inciertos, en el 3.º y último de todos, esto es, de los Dioses principales y escogidos. De lo que hemos ya insinuado y diremos adelante, puede fácilmente advertir el que obstinadamente no fuere enemigo de sí propio, que en toda esta traza, en esta hermosa y sutil distribucion y distincion, en vano se busca y espera la vida eterna, que impru-

dentemente la quieren ó desean; porque toda esta doctrina ó es invencion de los hombres ó de los demonios, y no de los demonios (que ellos llaman buenos), sino por hablar mas claro, de los espíritus inmundos ó mas ciertamente malignos, los quales con admirable odio y envidia ocultamente plantan en los juicios de los impios unas opiniones erróneas y perniciosas, con que el alma mas y mas se vaya desvaneciendo, y no pueda acomodarse, ni adaptarse con la inmutable y eterna verdad; y en ocasiones evidentemente las infunden en los sentidos, y las confirman con los embelecocos y engaños que les es posible imaginar. Este mismo Varron confiesa que por eso no escribió en primer lugar de las cosas humanas y despues de las divinas, porque ántes hubo ciudades, y despues estas ordenaron é instituyéron las ceremonias de la Religion; pero al mismo tiempo es indudable que á la verdadera Religion no la fundó ninguna ciudad de la tierra, ántes